LIBRO dot.com

La aventura del fabricante de colores retirados

Arthur Conan Doyle



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

LA AVENTURA DEL FABRICANTE DE COLORES RETIRADO

ARTHUR CONAN DOYLE

Sherlock Holmes estaba aquella mañana de humor melancólico y filosófico. Su naturaleza, siempre despierta y práctica, se hallaba sujeta a esta clase de reacciones.

-¿Le vio usted a ese hombre? -me preguntó.

-¿Se refiere al anciano que acaba de salir?

-A ese mismo.

-Sí, me crucé con él en la puerta.

-¿Qué impresión le produjo?

-La de un hombre patético, fútil, vencido.

-Exactamente, Watson. Patético y fútil. Pero, ¿no es la vida una cosa patética y fútil? ¿No es su historia un microcosmos de la historia toda? Alcanzamos. Apresamos. ¿Y que queda al final en nuestras manos? Una sombra. O, peor aún que una sombra: el dolor.

-¿Es ese hombre cliente suyo?

-Sí, me imagino que puedo darle ese calificativo. Me lo han enviado de Scotland Yard. De la misma manera que los médicos envían a veces a sus enfermos incurables a un curandero. Dicen que ellos ya nada pueden hacer y que, ocurra lo que ocurriere, no es posible que el enfermo se encuentre peor.

-¿Y qué le pasa a ése?

Holmes echó mano a una tarjeta bastante grasienta que había encima de la mesa:

-«Josiah Amberley». Dice que es el socio más reciente de la firma Brickfall y Amberley, fabricante de materiales artísticos. Puede usted ver esos nombres en las cajas de colores. Reunió su pacotilla, se retiró de los negocios a la edad de sesenta y un años, compró una casa en Lewisham y se asentó allí para descansar después de una vida de incesante ajetreo. Cualquiera pensaría que de ese modo tenía el porvenir tolerablemente seguro.

-En efecto.

Holmes echó un vistazo a algunas notas qué había garrapateado en el respaldo de un sobre.

-Se retiró del negocio el año mil ochocientos noventa y seis, Watson. A principios de mil ochocientos noventa y siete se casó con una mujer veinte años más joven que él y, además, bien parecida, si la fotografía no la favorece. Una renta suficiente para vivir con desahogo, una mujer, ninguna obligación de trabajar: todo ello parecía brindar un camino recto a su vida. Y, sin embargo, se convierte en menos de dos años en un pobre ser vencido y miserable, tanto como el más vencido y miserable que repta bajo el sol.

-Pero, ¿qué ha ocurrido?

La historia de siempre, Watson. Un amigo desleal y una mujer casquivana. Según parece, Amberley tiene una afición en la vida: el ajedrez. En Lewisham, vive un médico joven que es también aficionado a jugar al ajedrez. Tengo anotado su nombre: el doctor Ray Ernest. Ernest visitaba la casa con frecuencia, y la consecuencia natural fue que surgiese una initmidad entre él y la señora Amberley, porque tendrá usted que reconocer que nuestro infortunado cliente posee pocas gracias exteriores, por grandes que puedan ser las dotes de su alma. La pareja aquella se fugó la semana pasada, con dirección desconocida, y lo que es más: la infiel esposa se alzó con la caja de documentos del viejo, en calidad de equipaje personal, y con una buena parte de los ahorros que había hecho en su vida, dentro de la caja. ¿Podemos dar con el paradero de la mujer? ¿Podemos recuperar el dinero? Como usted ve, el problema es hasta aquí de lo más vulgar, aunque de importancia vital para mister Josiah Amberley.

-¿Y que piensa usted hacer al respecto?

-Da la casualidad, querido Watson, que la primera pregunta es esta otra: ¿Qué va a hacer usted? Si es que tiene usted la bondad de hacerse cargo de mi papel. Sabe que me encuentro preocupado en el caso de los patriarcas coptos, que hoy hará crisis. La verdad es que no tengo tiempo para desplazarme a Lewisham; y, sin embargo, las observaciones que se hagan en el lugar mismo tienen un valor, especial. El viejo ese insistió mucho en que fuese yo, pero ya le expliqué la imposibilidad en que me encontraba. Está, pues, dispuesta a acoger a un representante mio.

-Sea como usted quiere -le contesté-. Reconozco que no voy a servir de mucho pero haré cuanto esté de mi parte.

Y así fue como una tarde veraniega me puse en camino para Lewisham, muy ajeno a pensar que antes de una semana se hablaría anhelosamente en toda Inglaterra del asunto al que me lanzaba.

Era ya tarde aquella noche cuando regresé a Baker Street y rendí cuenta de mi misión. Holmes, con su enjuto cuerpo repantigado en el hondo sillón, y la pipa dejando escapar lentas espirales de agrio humo de tabaco, tenía los párpados entornados tan perezosamente, que casi parecía dormido, de no ser porque los levantaba en cuanto yo me detenía en mi narración o llevaba en ella a algún pasaje discutible, y entonces me traspasaba con la mirada interrogadora de sus ojos grises, tan brillantes y afilados como dos estoques.

-La casa de míster Josiah Amberley se llama "El Refugio":-dije yo-. Creo que le interesaría, Holmes. Se parece a uno de esos patricios pobres que se ven obligados a alternar con sus inferiores. Ya conoce usted las características de ese barrio: las monótonas calles de ladrillo, las fatigosas carreteras suburbanas. En medio mismo de todo eso, una islita de la cultura y comodidad de antaño; esta antigua casa, rodeada de un elevado muró, bañado por el sol, moteado de líquenes y coronado de musgo, la clase de muro que…

-Suprima poesía, Watson -dijo Holmes con severidad-. Anoto: un muro alto de ladrillo.

-Exactamente. Yo no habría sabido cuál de aquellas casas era "El refugio". De no habérselo preguntado a un ocioso que estaba fumando en la calle. Tengo razón para mencionarle a este individuo. Era alto, moreno, de grandes bigotes, y apariencia de militar. Contestó a mi pregunta con un movimiento de cabeza y me dirigió una mirada curiosamente interrogadora, de la que me acordé algo más tarde.

Apenas traspasé la puerta exterior, vi a mister Amberley que avanzaba por el camino de coche. Esta mañana, cuando estuvo aquí, no hice sino una ojeada, y aún con eso me produjo la impresión de un individuo raro; pero cuando le vi a la plena luz, su aspecto me resultó todavía más anormal.

-Como comprenderá, Watson, yo he estudiado a ese hombre agradaría conocer la impresión que a usted le produjo -dijo Holmes.

-La que me dio fue la de un hombre doblado por la preocupación. Tiene la espalda encorvada, como si llevase sobre ella un gran peso. Pero no es, como me imaginé al principio, una poca cosa de hombre, porque sus hombros y su pecho son los de un gigante, aunque su cuerpo se vaya ahusando hacia abajo hasta terminar en zanquilargo.

-El zapato izquierdo con arrugas; el derecho, liso.

-No me fijé en ese detalle.

-Usted no; pero ya descubrí que tenía un miembro artificial. Prosiga.

-Me sorprendieron los mechones blancuzcos de cabello gris que le salían por debajo del sombrero de paja, la expresión violenta, vehemente de su cara y lo fuertemente acusado de los rasgos de ésta.

-Muy bien, Watson. ¿Y qué dijo?

-Empezó a soltarme la historia de sus agravios. Fuimos caminando por el jardín y, como es natural, yo me fijé en todo. Nunca he visto finca peor cuidada. Las plantas del jardín estaban todas subidas, dándome la impresión del total abandono en que se las había dejado para que siguiesen las tendencias de la naturaleza, más bien que las del arte. No comprendo cómo una mujer que se respeta ha podido tolerar semejante estado de cosas. También la casa estaba en el último grado de desaseo, pero, por lo visto, aquel pobre hombre se daba cuenta de ello e intentaba remediarlo. Lo digo porque en el centro del vestíbulo se veía un gran tarro de pintura verde, y él, por su parte, empuñaba en la mano izquierda una gruesa brocha. Había estado pintando la obra de manera.

Me introdujo en la sucia habitación reservada y charlamos largo y tendido. Como es natural, le desilusionó el que usted no hubiese ido, y dijo: "No me esperaba, claro está, que un individuo tan humilde como yo, especialmente después de las graves pérdidas financieras que acabo de sufrir, lograse que un hombre tan célebre como mister Sherlock Holmes le dedicase toda su atención."

Le di la seguridad de que para, nada había intervernido en eso su situación financiera, y el me contestó: "Si, ya se que ese señor se dedica al arte por el arte; pero quizá hubiese encontrado aquí algo digno de estudio, aunque sólo se fijase en el lado artístico del crimen. ¡Como es la naturaleza humana, doctor Watson, y qué negra ingratitud la que se descubre ene este caso! ¿Cuándo le negué yo a ella nada de lo que me pidió? ¿Cuándo hubo una mujer tan mimada? En cuanto a ese joven, le traté como si hubiese sido un hijo mío. Entraba y salía por mi casa como si hubiese estado en la suya. ¡Y, sin embargo, vea el trato que me han dado! ¡Es un mundo espantoso el nuestro, doctor Watson, un mundo espantoso!"

Ésa fue su cantinela durante una hora o más. Según parece, no abrigaba ninguna sospecha de aquella intriga amorosa. El matrimonio vivía solo en la casa, salvo una mujer que va todas las tardes a las seis y se retira una vez terminado su trabajo. En la noche en cuestión, el anciano Amberley, deseando obsequiar a su esposa, había sacado dos asientos de paraíso para el teatro de Haymarket. A última hora, la mujer se quejo de dolor de cabeza y se negó a ir. Amberley marchó solo. No parece haber dudas a este respecto, porque él me exhibió el billete para su esposa.

-Esto que me dice es notable, muy notable -dijo Holmes, que parecía ir tomando cada vez mayor interés en el caso-. Prosiga, por favor, Watson. Su relato me esta resultando muy digno

de interés. ¿Examinó usted con sus propios ojos aquel billete? ¿No tomó, por casualidad, el número de asiento?

-Pues da la casualidad de que lo tomé -le contesté yo con algo de orgullo-. Se me quedó en la memoria, porque daba también la casualidad de que el número que yo tenía en la escuela era el treinta y uno.

-¡Magnifico, Watson! Entonces es que el asiento de ese hombre era el treinta o el treinta y dos.

-En efecto -le contesté, algo intrigado-.Y la fila era la B.

-También ese detalle resulta muy satisfactorio: ¿Que otra cosa le dijo el?

-Me enseñó lo que él llamaba su cuarto blindado. Es realmente un cuarto corno la cámara de un banco, con la puerta y la persiana de hierro; a prueba de ladrones, según me dijo. Sin embargo, la mujer disponía, por lo visto de una llave duplicada, y entre ella y su amante se llevaron unas siete mil libras en dinero y en papel del Estado.

-¡En papel del Estado! ¿Y cómo van a venderlo?

-Me dijo que había entregado la lista de los títulos a la Policía, y que confiaba en que les resultaría imposible su venta. Regresó del teatro a eso de la medianoche y se encontró con la casa saqueada, la puerta y la ventana abierta y los fugitivos ya lejos de allí. No le dejaron ni carta ni mensaje. Tampoco ha vuelto a saber de ellos una sola palabra desde entonces. Inmediatamente alertó a la Policía.

-Holmes se quedó meditando durante algunos minutos y luego me pregunto:

-Dice usted que él estaba pintando. ¿Qué es lo que pintaba?

-Vera usted: lo que realmente estaba pintando era el pasillo, pero había pintado ya la puerta y la obra de carpintería de ese cuarto blindado de que le he hablado.

-¿No le parece a usted que ésa es una ocupación algo extraña en las circunstancias por las que atraviesa?

-" No hay mas remedio que ocuparse en algo para aliviar el corazón dolorido". Esa fue la explicación que él mismo me dio. Es, sin duda, una excentricidad, pero estamos ante un hombre a todas luces excéntrico. Hizo añicos en presencia mía una fotografía de su esposa. La hizo añicos en un arrebato furioso, lleno de ira. "No quiero volver a ver su condenada cara.

-¿Nada mas, Watson?

-Si: hay algo que me llamó la atención más que todo lo que he dicho. Me había echo conducir en coche hasta la estación de Blackheath y había subido ya al tren. En el instante mismo de arrancar éste, vi que un hombre se metía como una flecha en el coche próximo al mío. Ya sabe usted, Holmes, que a mí me quedan rápidamente grabadas las caras y figuras. Este hombre del vagón era, sin duda, el mismo individuo alto y moreno al que yo había dirigido la palabra en la calle. Le vi nuevamente en el Puente de Londres, y luego se me perdió entre la multitud. Pero estoy convencido de que me venía siguiendo.

-¡Claro que sí, claro que sí! -exclamó Holmes-. Un hombre alto, de tupidos bigotes, dice usted. ¿Verdad que llevaba gafas oscuras contra el sol?

-Holmes, es usted brujo. Yo no lo había dicho, pero sí que llevaba gafas oscuras contra el sol.

-¿Y un alfiler de corbata masónico?

-¡Holmes!

-Es muy sencillo, mi querido Watson. Pero vamos ahora a lo práctico. No tengo mas remedio que confesarle que este caso, que me pareció de una sencillez absurda e indigna de que yo me ocupase de él, está adquiriendo rápidamente un aspecto muy distinto. La verdad es que, a pesar de que usted durante su misión ha dejado pasar por alto todos los detalles de importancia, bastan las cosas que se le han metido por los ojos para dar en qué pensar seriamente.

-¿Qué es lo que se me ha pasado por alto?

-No se ofenda, mi querido compañero. Ya sabe usted que yo hablo en términos generales. Nadie lo hubiera hecho mejor. Algunas personas no lo habrían hecho ni siquiera tan bien como usted. Pero es evidente que se le han escapado algunos puntos esenciales. ¿Qué opinión tienen de míster Amberley y de su esposa los convecinos? Eso tenía, sin duda, importancia. ¿ Y el doctor Ernest? ¿Era este señor el alegre Lotario que su conducta da a entender? Watson, con su buena presencia, cualquier mujer se convertiría en colaboradora y cómplice suya. ¿Qué le han dicho la empleada de Correos o la mujer de! verdulero? Yo me lo imagino a usted sin dificultad cuchicheándole tiernas naderías a la joven de la taberna «El Ancla azul" y recibiendo a cambio algunas realidades concretas. Nada de eso hizo usted.

-Aún estoy a tiempo.

-Ya ha habido quien lo ha hecho. Gracias al teléfono y a la ayuda de Scotland Yard, suelo conseguir los datos esenciales sin salir de esta habitación. A decir verdad, los informes que he recibido confirman el relato de ese hombre. Tiene fama en aquel barrio de ser un tacaño y también un marido brutal y exigente. También es cierto que guardaba. una importante suma de dinero en su cámara fuerte. E igualmente que el joven doctor Ernest, hombre soltero, jugaba al ajedrez con Amberley, y hacía, probablemente, el tonto con la mujer de éste. Todas esas cosas parecen sin complicaciones, y uno se siente tentado a pensar que ya no hay nada mas decir, ¡y sin embargo!

-¿Dónde ve usted las dificultades?

-Quizá sólo están en mi imaginación. Bien. Watson, dejémoslo ahí. Escapemos de este fatigoso mundo de la rutina diaria por la puerta lateral de la. música. Esta noche canta Carina en el Albert Hall, y disponemos aun tiempo para vestirnos, cenar y disfrutar.

Me levanté por la mañana temprano, pero algunas migajas de tostada y dos cascaras vacías de huevo me anunciaron que mi compañero había madrugado todavía más que yo.

Encima de la mesa encontré estas líneas:

"Querido Watson: Deseo establecer uno o dos puntos de contacto con mister Josiah Amberley. Cuando lo haya hecho pondremos de lado este caso, o lo seguiremos. Lo único que le pido es que esté usted a mano a eso de las tres de la tarde, porque bien pudiera ser que yo le necesitase.

S. H."

No volví a ver a Holmes hasta esa hora, en que regresó serio, preocupado y ensimismado. En momentos así era preferible dejarle abandonado a sí mismo.

-¿Ha venido por aquí Amberley?

-No.

-¡Ah! Es lo que estoy esperando.

No se vio defraudado, porque el viejo llegó en ese momento, con expresión de contrariedad y desconcierto en su cara severa.

-Mister Holmes, he tenido un telegrama, y no sé qué pensar del mismo.

Se lo alargó a Holmes, y éste leyó en voz alta:

«Venga en seguida y sin falta. Puedo darle información acerca de su pérdida reciente.

ELMAN, La Vicaría.»

-Impuesto a las dos y diez minutos en Little Purlington -dijo Holmes-. Little Purlington está en Essex, según creo, no lejos de Frinton. Como es natural, se pondrá en camino en seguida, ya que esto procede claramente de una persona de responsabilidad, el vicario del lugar. ¿Dónde está mi Crockford? Sí, aquí lo tenemos, C. Elman, M.A., que vive en Mossmoor, cerca de Litde Purlington. Mire el horario de trenes, Watson.

-Hay uno que sale de Liverpool Street a las cinco y veinte. .

-Magnífico, Watson, usted debería ir con él, porque quizá necesite de su ayuda o de su consejo. Es evidente que hemos llegado en este asunto a una Crisis.

Pero nuestro cliente parecía muy reacio a ese viaje, y dijo:

-Mister Holmes, eso es completamente absurdo. ¿Qué puede saber ese individuo de lo que ha ocurrido? Es malgastar tiempo y dinero.

-No le habría telegrafiado si no hubiese sabido algo. Telegrafíe en seguida que usted se pone en camino.

-No creo que vaya a ir.

Holmes adoptó su actitud más severa.

-Produciría la peor de las impresiones a la Policía y a mí, mister Amberley, el que, al surgir una pista tan evidente, se negase usted a seguirla. Nos produciría la sensación de que usted no se toma en serio estas pesquisas.

Nuestro cliente pareció horrorizado ante aquella perspectiva, y dijo:

-Desde luego que iré, si usted mira las cosas de esa manera. Así, a primera vista, resulta absurdo el suponer que este cura sepa nada, pero si usted cree...

-Creo, en efecto -contestóle Holmes con énfasis, y de ese modo nos vimos lanzados a nuestra excursión.

Holmes me llamó aparte antes de que saliéramos de la habitación y me dio unas frases de consejo que demostraban que le parecía aquel un asunto de importancia.

-Haga usted lo que hiciere, cuide sobre todo de que ese hombre salga de viaje -me dijo. Si él se apartase de uste o regresase, vaya usted hasta la oficina de teléfonos más próxima y envíeme un telefonema que diga simplemente: «Fugado.» Yo dejaré todo arreglado para que llegue a mis manos dondequiera que me encuentre.

No es Little Purlington lugar al que se llega fácilmente, porque se encuentra en una línea secundaria. No es aquél en mis recuerdos un viaje agradable, porque el tiempo era caluroso, el tren lento y mi acompañante huraño y callado. Apenas habló, salvo para hacer en ocasiones alguna observación referente a lo fútil de nuestros pasos. Llegados, por fin a la pequeña estación, aún nos quedaba una excursión en coche para llegar a la vicaría, donde nos recibió en su despacho un clérigo grueso, solemne, bastante pomposo. Tenía delante nuestro el telegrama, y nos preguntó:

-Bien, caballeros: ¿en qué puedo servirles?

-Hemos venido en contestación a su telegrama -le expliqué yo.

-¡A mi telegrama! Yo no les he puesto ningún telegrama.

-Quiero decir al telegrama que usted envió a mister Josiah Amberley acerca de su mujer y de su dinero.

-Señor, si esto es una broma, es de un gusto muy discutible -exclamó irritado el vicario-. Jamás he oído el nombre de ese caballero del que usted me habla y no envié a nadie ningún telegrama.

Nuestro cliente y yo nos miramos atónitos.

-Quizá se trate de algún error. ¿No habrá por aquí dos vicarías? Aquí tiene usted el telegrama mismo, firmado Elman y fechado en la vicaría.

-Caballero, vicaría no hay más que ésta, y no hay más vicario que yo. Este telegrama es una escandalosa falsedad, y ya se encargará la Policía de investigar su origen. Mientras tanto, no veo finalidad alguna para prolongar esta entrevista.

Y así fue como mister Amberley y yo nos vimos en la carretera, en una aldea que me pareció la más primitiva de Inglaterra. Nos dirigimos a la oficina de Telégrafos, pero ya estaba cerrada. Sin embargo, en la taberna de «El Escudo Ferroviario» encontramos un teléfono, y gracias al mismo establecí contacto con Holmes, que se mostró asombrado del resultado de nuestro viaje.

-¡Extraordinario! -dijo la voz lejana. ¡Por demás extraordinario! Querido Watson, mucho me temo que no tenga un tren para regresar esta noche. Le he condenado a usted, sin darme cuenta, a los horrores de un mesón de aldea. Sin embargo, Watson, usted dispone siempre del recurso de la naturaleza y de Josiah Amberley. Manténgase en estrecho contacto con ambos -le oí gorgoritear secamente en el instante en cortaba la comunicación.

Pronto puede convencerme de que la fama de tacaño de mi acompañante era bien merecida. Había refunfuñado por lo costoso de la excursión, había insistido en que viajáramos en tercera clase y ahora protestó ruidosamente por la factura del hospedaje. A la mañana siguiente, cuando llegamos a Londres, era difícil decir cuál de nosotros se encontraba de peor humor.

-Lo mejor que podría usted hacer es quedarse en Baker Street cuando pasemos por allí -dije- Quizá mister Holmes tenga nuevas instrucciones.

-Si no valen más que las últimas, me van a servir de muy poca cosa -dijo Amberley con expresión maligna.

Sin embargo me acompañó. Yo tenía avisado a Holmes por telegrama a la hora que llegaríamos, pero me encontré con un mensaje en el que decía que nos esperaba en Lewisham.

Esto constituyó una sorpresa, pero aún lo fue mayor el encontrarme con que Holmes no estaba solo en la sala de nuestro cliente. Junto a él se encontraba un hombre moreno, de rostro severo e impasible, de gafas con cristales oscuros y un voluminoso alfiler masónico muy a la vista en su corbata. Holmes dijo:

-Este señor es mi amigo Barker. También él estaba interesado en su caso, mister Josiah Amberley, aunque ambos trabajabamos de una manera independiente. Sin embargo, los dos tenemos que hacerle la misma pregunta.

Mister Amberley dejose caer pesadamente en un asiento. Barruntó peligro inminente. Yo lo leí en sus ojos de mirada tensa y en sus rasgos contraídos.

-¿Cuál es esa pregunta, míster Holmes?

-Únicamente ésta: ¿qué ha hecho usted de los cadáveres?

Mi acompañante se puso en pie lanzando un áspero chillido. Se aferró con sus dos manos huesudas al aire. Tenía la boca abierta y durante un instante pareció una horrible ave de presa. Se nos presentó súbitamente el verdadero Josiah Amberley, demonio deforme con el alma tan retorcida como su cuerpo. Al caer de espaldas en su silla se llevó con estrépito una mano a la boca, como para ahogar la tos. Holmes saltó a su garganta como un tigre y le torció la cara hacia abajo. De entre sus labios jadeantes cayó una píldora blanca.

-Nada de atajos, Josiah Amberley: las cosas tendrán que hacerse con dignidad y en su orden debido. ¿Qué me dice usted, Barker?

-Tengo a la puerta un coche -contestó nuestro taciturno compañero.

-La Comisaría sólo dista de aquí algunos centenares de metros. Iremos juntos. Usted, Watson, puede quedarse aquí. Estaré de vuelta dentro de media hora.

El viejo fabricante de colores tenía la fuerza de un león en su tronco gigantesco, pero se encontró perdido en las manos de dos expertos manipuladores de hombres. Forcejeando y retorciéndose, fue arrastrado hasta el coche que esperaba, y yo quedé en mi solitaria vigilia dentro de aquella casa de mal agüero. Holmes regresó antes de lo que había dicho, acompañado por un joven e inteligente inspector de Policía.

-He dejado a Barker para que cuide de las formalidades -dijo Holmes-. Usted, Watson, ya conocía a Barker. Fue mi odiado rival en la playa de Surrey. Cuando usted me habló de un hombre alto y moreno, no me fue difícil completar el retrato. Es un hombre que tiene a su crédito varios casos muy buenos, ¿verdad que sí, inspector?

-Desde luego que se ha entrometido en varias ocasiones -contestó el inspector con reserva.

-Sus métodos son, sin duda, irregulares, al igual que los míos. Pero ya sabe usted que hay ocasiones en que los irregulares resultan útiles. Usted, por ejemplo, con su obligada advertencia de que cualquier cosa que declare podrá ser empleada en contra suya, no habría logrado, valiéndose de un farol, que ese granuja hiciese lo que virtualmente constituye una confesión.

-Quizás no. Sin embargo, mister Holmes, conseguimos salirnos con la nuestra. No se imagine que nosotros no habíamos formado ya criterio acerca de este caso, y que no habríamos echado el guante a nuestro hombre Ya perdonará que nos mostremos resentidos cuando usted se mete de golpe, valiéndose de métodos que nosotros podemos emplear, y despojándonos de ese modo de la fama que nos pertenece.

-No habrá tal despojo, Mackimmon. Le aseguro que de ahora en adelante yo desaparezco y que, en cuanto a Barker, no ha hecho otra cosa que lo que yo le he dicho.

El inspector parecía considerablemente aliviado

-Mister Holmes, esa conducta suya es espléndida. A usted han de importarle poco las alabanzas o las censuras, pero el caso nuestro es muy diferente cuando los periódicos empiezan a hacer preguntas.

-De acuerdo. Puede estar seguro de que en esta ocasión le harán preguntas, de modo que no estaría de más el que tuviese preparadas las respuestas. ¿Qué va usted a decir, por ejemplo, si un informador inteligente y activo le pregunta cuáles fueron concretamente los detalles que despertaron sus sospechas y que, por último, se convirtieron en absoluto convencimiento de la verdad de los hechos?

El inspector pareció desconcertado.

-Mister Holmes, yo creo que hasta ahora no tenemos ninguno de esos hechos concretos. Usted dice que el preso, en presencia de tres testigos, hizo algo que equivale a una confesión, intentando suicidarse, porque, había asesinado a su esposa y al amante de ésta.¿Qué otros hechos tiene usted?

-¿Dio orden ya de que se registre la casa?

-Están a punto de llegar con ese objeto tres agentes de Policía.

-Pues en este caso, no tardará usted en disponer del más evidente de todos los hechos. No es posible que los cadáveres estén lejos de aquí. Busque en las bodegas y en el jardín. No debe ser tarea larga la de excavar los lugares probables. Esta casa es más antigua que la instalación del agua corriente. Debe, pues, de haber en alguna parte un pozo que ya no se emplea. Pruebe en él su suerte.

-Pero, ¿cómo lo averiguó usted y de qué manera se cometió el crimen?

-Le enseñaré primero de qué manera se cometió y después le daré la explicación que usted se merece, y que se merece todavía más este amigo mío que la espera desde hace mucho y que ha sido de un valor inapreciable durante todo el caso. Pero quiero empezar por hacerle ver la mentalidad de este hombre. Es una mentalidad muy fuera de lo corriente; tanto, que yo creo que es más probable que vaya a parar a Broad Moor que al patíbulo.

Posee en el mas alto grado la clase de inteligencia que uno supone en el temperamento italiano medieval, más bien que en un hombre de la Inglaterra moderna. Era un tacaño miserable que traía a su mujer tan a mal traer con sus procedimientos ruines, que era por ello presa fácil de cualquier aventurero. Este se presentó en la persona del doctor que jugaba al ajedrez.

Amberley sobresalía en este juego. Fíjese, Watson, en que ése es un indicio de una inteligencia maquinadora. Como todos los avaros, era hombre celoso, y sus celos trocáronse en manía frenética. Con razón o sin ella, sospechó una intriga amorosa; decidió vengarse y lo planeó con habilidad diabólica… ¡Venga!

Holmes nos llevó por un pasillo con la misma seguridad que si hubiese vivido en la casa Y se detuvo delante de la puerta abierta de la cámara fuerte.

-¡Puf! ¡Qué antipático olor de pintura!-exclamó el inspector.

-Ésta fue nuestra primera pista -dijo Holmes-. Puede agradecérsela a la observación del doctor Watson, aún que éste no supo sacar la consecuencia. Fui yo quien puso el pie en el

rastro. ¿Por qué llenaba este individuo la casa, en una ocasión así, de fuertes olores? Evidentemente, para ocultar con ellos otros olores. Algún olor culpable que podría despertar sospechas. Luego se presentó la idea de una cámara como ésta que ve usted aquí, que tiene la puerta y los postigos de hierro; es decir, una habitación herméticamente cerrada. Junte usted esos dos hechos, ¿a dónde llevan? Sólo examinando la casa por mí mismo podía yo averiguarlo. Estaba yo seguro de que se trataba de un caso grave, porque había examinado la hora del billetaje del teatro de Haymarket, otra de las dianas del doctor Watson, comprobando que ni el número treinta ni el treinta y dos de la fila B del paraíso habían sido vendidas aquella noche. Por consiguiente, la coartada de Amberley se ve más abajo, porque no había entrado en el teatro. Cometió un grave resbalón al dejar que mi astuto amigo viese el número de asiento que había comprado para su esposa. El problema que ahora se presentaba era el de encontrar la manera de examinar la casa. Envié a un agente mío hasta la más absurda de las aldeas en que se me ocurrió pensar y le hice ir a mi hombre a una hora que le imposibilitase el regresar aquella noche. Para evitar que Amberley nos burlase, hice que le acompañara el doctor Watson. El apellido del buen vicario lo saqué, como es natural, de mi Crockford. ¿Me explico con claridad?

-Estupendamente -dijo el inspector con voz reverente.

-Sin peligro ya de que nadie me interrumpiese en mi tarea, procedí al estudio de la casa. La profesión de salteador de casas ha constituido siempre una posible alternativa a la profesión que ejerzo. No me cabe duda de que si me hubiese decidido por aquélla habría destacado. Fíjense en los descubrimientos que hice. Vean la tubería del gas que viene por aquí, a todo lo largo de la cenefa. Al llegar al ángulo de la pared, sigue hacia arriba, y aquí, en el rincón, hay una llave. La tubería entra en la cámara fuerte y va a terminar en este rosetón de yeso que hay en el centro del cielo raso, donde queda disimulada por los adornos decorativos. El tubo está abierto de par en par. En cualquier momento y con solo abrir la llave exterior, se podría inundar de gas la Cámara. Con la puerta y los postigos de la ventana cerrados, no le daría yo dos minutos de conservar el conocimiento a la persona encerrada en la pequeña habitación. Ignoro de que endiablada añagaza se valió para que él y ella entrasen, pero una vez dentro y la puerta cerrada, estaban a merced suya.

El inspector examinó con gran interés la tubería y dijo:

-Uno de nuestros funcionarios habló de olor a gas; pero la puerta y la ventana estaban entonces abiertas y ya habían procedido a pintar por lo menos una parte. Según Amberley nos dijo, había empezado esa tarea el día anterior. ¿Y qué más, míster Holmes?

-Pues entonces ocurrió un incidente bastante inesperado para mi. Empezaba a clarear el día y yo estaba colándome por la ventana de la despensa cuando sentí que una mano me agarraba por el cuello de la ropa, y oi una voz que me dijo: «¡Eh, granuja, ¿que haces a.C. dentro?» Cuando pude doblar la cabeza, me encontré frente a los cristales ahumados de mi amigo y rival, el señor Barker. Lo curioso de aquel encuentro inesperado nos hizo sonreir a los dos. Por lo visto, la familia del doctor Ray Ernest le había encargado a el que llevase a cabo algunas investigaciones, y también había llegado a la conclusión de que allí se habla jugado sucio. Llevaba vigilando la casa varios días, y se había fijado en el doctor Watson como en uno de los personajes evidentemente sospechosos que habían ido de visita. No podía en modo alguno proceder a la detención de Watson, pero cuando vio a un individuo escabullirse fuera por la ventana de la despensa, no pudo ya contenerse. Le expliqué cómo estaban las cosas y proseguimos juntos las investigaciones.

-¿Por qué con él sí y con nosotros no?

-Porque pensaba ya someter a Amberley a esa pequeña prueba que tan admirablemente ha resultado. Temí que quizás ustedes no quisiesen llevar las cosas tan adelante.

El inspector se sonrió.

-En efecto, quizá no hubiésemos querido. De modo, míster Holmes, que tengo su palabra de que usted se hace desde este momento a un lado y nos entrega el resultado de sus investigaciones.

-Así lo he hecho siempre.

-Bien. Se lo agradezco en nombre del cuerpo. Tal como usted lo ha explicado, el caso se presenta claro, y no creo que haya una gran dificultad dar con los cadáveres.

-Y ahora le voy a mostrar una pequeña prueba algo macabra -dijo Holmes-. Estoy seguro de que ni el mismo Amberley se fijó nunca en ella. Si quiere usted conseguir buenos resultados, inspector, colóquese siempre en el lugar de los demás y piense lo que usted haría en su casa. Exige imaginación, pero compensa siempre. Pues bien: supongamos que usted se viese encerrado en esta pequeña habitación, que sólo le quedasen dos minutos de vida y quisiese quedar a mano con el criminal, que probablemente estaba en ese instante mofándose de usted desde el otro lado de la puerta. ¿Qué haría usted?

-Escribiría un mensaje.

-Exactamente. Querría usted informar a los demás de cómo moría usted. De nada le serviría escribir en un papel, porque él lo descubriría... Pero si escribiese usted en la pared, quizá lo viese alguien. Y ahora, ¡vean ustedes aquí! Encima mismo del zócalo hay algo escrito con lápiz de tinta encarnada: "Nos as…" Y nada más.

-¿Y que saca usted en consecuencia?

-El escrito está a treinta centímetros de altura del suelo. Cuando lo escribió, el pobre hombre estaba caído en el suelo y moribundo. Perdió el sentido antes de que pudiera terminar la frase.

-Sí; él quería escribir: "Nos asesina."

-Así lo veo yo, y si ustedes encuentran encima del cadáver un lápiz de tint…

-Puede usted estar seguro de que lo buscaremos. Pero, ¿y los valores? Es evidente que no hubo tal robo. Y él, eso sí, poseía esos valores. Lo hemos comprobado.

-Tenga la seguridad de que los tiene ocultos en lugar seguro. Cuando toda la historia de la fuga hubiese pasado al olvido, el los habría descubierto de pronto, bien anunciando que la pareja culpable se había arrepentido y le había devuelto el botín o que lo había perdido.

-Veo que usted ha encontrado respuesta a todas las dificultades -dijo el inspector-. Desde luego, a nosotros tenía que venir para damos parte, pero no me explico el que se haya dirigido también a usted.

-Un puro refinamiento -contestó Holmes-. Tenía conciencia de su habilidad, y estaba tan seguro de sí mismo que se creía a salvo de todos. De esa manera podía decir, si llegaba el caso, a cualquier vecino receloso: «Fíjese en todos los pasos que he dado. No sólo he consultado a la Policía, sino que lo he hecho también al mismo Sherlock Holmes.»

El inspector se echó a reír, y dijo:

-Mister Holmes, no tenemos más remedio que perdonarle eso de «lo he hecho también al mismo», porque su trabajo en esta ocasión ha sido tan perfecto como el mejor de los que yo recuerdo.

Un par de días después, mi compañero me echó desde donde él estaba sentado un ejemplar del bisemanario North Surrey Observer. Bajo una serie titulares deslumbrantes que empezaban con lo de «El terrible crimen de "El Refugio"» y terminaba con el de «Brillantes pesquisas de la Policía», había el primer relato completo del asunto. El párrafo final era una muestra típica del conjunto. Decía así:

"La extraordinaria sagacidad con que el inspector Mackinnon dedujo del olor de pintura, que quizás con ello se ocultase otro olor, por ejemplo el de gas; la audaz hipótesis de que quizá la cámara fuerte fuese también la cámara de la muerte, y la investigación subsiguiente que llevó a descubrir los cadáveres dentro de un pozo que no se usaba, y cuya boca estaba hábilmente oculta por la casilla del perro, quedarán en la historia del crimen como ejemplo destacado de la inteligencia de nuestros detectives oficiales...»

-¡Vaya, vaya! Este Mackinnon es un buen muchacho -exclamó Holmes con sonrisa bonachona-. Páselo a nuestros archivos, Watson. Quizá pueda contarse algún día toda la verdad.

FIN